

DESDE LA REVOLUCIÓN FRANCESA HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XIX

Por Josef Gelmi

§134

La revolución francesa

La revolución francesa sacudió las rancias estructuras de la Iglesia en gran parte de Europa; en este sentido significa un gran cambio para la historia de la Iglesia. En las fechas inmediatamente anteriores a la revolución, la Iglesia poseía casi un sexto del suelo francés. Pero hacía una aportación fiscal voluntaria y se preocupaba de la asistencia a los pobres y de la enseñanza. El episcopado se componía casi exclusivamente de miembros de la alta nobleza. Puesto que el episcopado casi nunca respetaba la obligación de la residencia y solía considerar la pastoral como algo secundario, gozó de escaso prestigio en el pueblo. Por el contrario, el clero bajo, que percibía unos escasos ingresos, gozaba de la confianza de la población. Los conventos y las órdenes religiosas tuvieron grandes dificultades para acomodarse a la nueva situación, y atravesaron una crisis profunda. Pero la inmensa mayoría de la población se mantuvo fiel a la fe.

Para dar una solución a los imponentes problemas financieros se convocaron los Estados Generales el 5 de mayo de 1789 por primera vez desde 1614. La asamblea se abrió con un oficio litúrgico solemne. El clero, que constituía un estado específico pero no una unidad homogénea, luchó en repetidas ocasiones por los derechos del pueblo, y se convirtió en el tercer estado. En agosto renunció a todos los derechos especiales, y de Charles-Maurice de Talleyrand, obispo de Autun, partió la idea de estatalizar todos los bienes eclesiásticos. Pero los acontecimientos se precipitaron. En febrero de 1790 se produjo la secularización de las órdenes no caritativas; en recuerdo de la Iglesia primitiva se llegó el 12 de julio a la constitución civil del clero, que preveía, entre otros puntos, la igualación del número de las diócesis al de los departamentos, y la elección de los obispos y de los párrocos por corporaciones electorales de la región correspondiente. La constitución civil, que significaba la ruptura con Roma, trajo, sin embargo, más rasgos galicanos que revolucionarios.

Un poco más tarde, en septiembre, se exigió al clero el juramento de fidelidad a la nueva Constitución, de la que formaba parte la citada constitución civil. Entonces se produjo la ruptura entre la Iglesia francesa y

la revolución. Casi la mitad del clero se negó a prestar el juramento. Dado que Pío VI temía perder los territorios pontificios en Francia, no condenó la constitución civil hasta el 10 de marzo de 1791.

Pero entonces comenzó un verdadero calvario para la Iglesia francesa. El clero se dividió en una parte constitucional y otra anticonstitucional. Mientras que en fechas anteriores se condenaba severamente a los sacerdotes constitucionales, se subrayaba ahora que éstos creían elegir el mal menor. Dado que en la legislativa (1792-1793) llegaron al poder elementos de creciente radicalismo que veían en el clero anticonstitucional un peligro para la unidad del Estado, se produjeron persecuciones en toda regla. En agosto de 1792 se condenó con la deportación a los sacerdotes que se negaron a prestar el juramento de fidelidad. En septiembre de ese mismo año fueron asesinados cruelmente unos 300 sacerdotes. Más de 30000 ministros sagrados huyeron al extranjero. Un año más tarde, muchos fueron obligados a abjurar de su sacerdocio; entre éstos sobresalió el obispo constitucional de París Jean-Baptiste Gobel, que declaró solemnemente su abandono del estado sacerdotal y depositó el documento de su consagración y su cruz pectoral sobre la mesa del presidente de la comuna. Sin duda, la revolución francesa alcanzó su punto culminante en noviembre, cuando se suprimió oficialmente el cristianismo y se introdujo el culto a la razón. Durante el directorio (1795-1799), tanto la Iglesia constitucional como la anticonstitucional gozaron de un cierto margen de libertad. Sólo el juramento que se exigió a finales de 1797 y que iba contra la monarquía puso de nuevo a muchos sacerdotes en aprietos de conciencia y dio pie a nuevas deportaciones.

En ese tiempo difícil el papa estaba confuso. En general, Pío VI trató de apoyar a los movimientos contrarrevolucionarios. Tras las victorias de Napoleón en el norte de Italia, la situación no dejó de empeorar para el papa. Hasta que, en 1797, Napoleón dictó la paz de Tolentino, y mandó llevar muchas obras de arte de Roma a París. Ese mismo año empeoró aún más la situación cuando fue asesinado en Roma el general francés Duphot. El directorio mandó ocupar Roma en 1798, y proclamar la república. El papa, que deseaba morir en la Ciudad Eterna, fue llevado hacia Valence, donde falleció en 1799. El papado parecía aniquilado. El desdichado papa Braschi fue llamado «Pío sexto y último».

§135

Napoleón y Pío VII

Antes de su muerte, Pío VI había dado algunas directrices para el próximo cónclave. El cardenal Albani, decano del sacro colegio, reunió a

los cardenales en Venecia, donde gozaban de la protección del emperador austríaco. Durante meses mantuvieron un tira y afloja las diversas fracciones de cardenales, hasta que, al fin, eligieron al cardenal Chiaramonti, que se impuso el nombre de Pío VII (1800-1823).

Chiaramonti, que tenía en su biblioteca particular incluso la *Enciclopedia* de d'Alembert, había sido un sacerdote muy abierto en su diócesis de Ímola. En 1797, había declarado en una homilía que la forma democrática de gobierno no va contra el evangelio. Y nombró como secretario de Estado a Ercole Consalvi, que era también un prelado abierto y fiel a la Iglesia. Éste se convirtió en el mejor hombre de Estado de la Iglesia del siglo XIX. El papa se desligó inmediatamente de la presión del emperador, y retornó a Roma en julio.

Napoleón, que había logrado hacerse con el poder en Francia, fue acercándose cada vez más a la Iglesia, por consideraciones de orden político. Pío VII captó en seguida la oportunidad y se mostró dispuesto a entablar conversaciones. Las negociaciones progresaban con extraordinaria lentitud. Finalmente, el cardenal Consalvi consiguió negociar en París un concordato (1801) ventajoso para ambas partes. Éste calificaba al catolicismo como la religión de la mayoría de los franceses. Mientras que el papa obligaba a abdicar a los 80 obispos anticonstitucionales que todavía vivían, el Gobierno hizo que dimitieran los obispos constitucionales. El nombramiento de los nuevos obispos quedaba en manos del soberano, pero su confirmación era competencia exclusiva del papa. Napoleón añadió por su cuenta 77 artículos orgánicos al concordato. Éstos retractaban muchos de los puntos que garantizaba el concordato. El lugar de la antigua tradición galicana y presbiteriana lo ocupaba ahora en Francia un centralismo que preparaba el futuro ultramontanismo.

Cuando Napoleón llevó a cabo, por motivos de utilidad, la recatolización de Francia fue considerado por algunos como un nuevo Constantino. En 1804, el papa mismo se apresuró a ir a París para la coronación de Napoleón. Pío VII esperaba conseguir con este gesto una suavización de los artículos orgánicos. Poco después, Napoleón le exigió a Pío VII, al que trataba como a un súbdito, la entrada en la liga contra Inglaterra y el nombramiento de una serie de cardenales franceses. Al negarse el papa a tales pretensiones, Napoleón mandó ocupar Roma en 1808, y el 17 de mayo de 1809 la anexionó a su imperio. El papa respondió excomulgando a los usurpadores de los Estados pontificios. Napoleón ordenó que fuera llevado a Savona el «bufón que había perdido por completo el juicio», y lo aisló de sus colaboradores más fieles. En situación tan lamentable Pío VII utilizó un medio que Inocencio XI había empleado contra Luis XIV en la disputa de las regalías. Se negó en redondo a conceder la institución canónica a los obispos nombrados por Napoleón. Y pronto 17 diócesis de Francia carecieron de su propio obispo legítimo.

Cuando 13 cardenales se negaron a reconocer la declaración de nulidad del primer matrimonio de Napoleón pronunciada por el oficialato de París, y recusaron la invitación para la boda de Napoleón con María Luisa, hija del emperador de Austria, Napoleón reaccionó prohibiéndoles el uso de los signos de su dignidad, requisó sus posesiones y terminó por desterrarlos a provincias.

Napoleón convocó en 1811 un concilio nacional en París, el cual debía decretar que los metropolitanos investirían a los obispos. Pero la mayoría de los obispos se negó a publicar el correspondiente decreto conciliar sin la aprobación del papa. Tras su vuelta de Rusia, Napoleón mandó que el papa fuera a París, se reunió con Pío VII en Fontainebleau y le obligó allí a firmar el 25 de enero de 1813 un concordato que recogía todos los deseos del emperador francés. Pero el papa fue presa pronto de una gran angustia, y, aludiendo al papa Pascual II, que había presentado una retractación al emperador Enrique V, hizo saber a Napoleón que retiraba todas sus concesiones. Tras la derrota sufrida por Napoleón en Leipzig, el papa pudo volver a Italia, y entró en Roma el 24 de mayo de 1814 acompañado por el júbilo de los creyentes. Pío VII acogió en Roma a los miembros de la familia Bonaparte, que eran echados de todos los países de Europa, y magnánimamente les concedió asilo. El papado había conseguido de nuevo incrementar su prestigio a escala mundial.

§136

La secularización en Alemania

Desde los días de Federico II (1740-1786) y del emperador José II se había discutido con intensidad y claridad crecientes del tema de la secularización de los principados eclesiásticos, pero razones de orden político de los Habsburgo habían impedido la traducción práctica de las mencionadas discusiones. Sin embargo, la situación había cambiado notablemente en los últimos tiempos. Los acontecimientos de Francia ejercieron una gran repercusión también en Alemania. Ya en 1794, la ocupación francesa de la margen izquierda del Rin había puesto punto final a la soberanía de los príncipes electores eclesiásticos de Colonia, Tréveris y Maguncia, y de los obispos príncipes de Espira y Worms. El emperador Francisco II (1792-1806) recogió en el tratado de Campo Formio (1797) su pretensión al principado de Salzburgo, y aprobó en el congreso de Rastatt de 1798 la supresión de los principados eclesiásticos. Cuando, como consecuencia de la paz de Lunéville (1801), el *Reich* alemán tuvo que ceder a Francia las regiones situadas a la izquierda del Rin, se decretó la secularización de la Iglesia imperial para poder compensar a los príncipes alemanes. Finalmente, la cláusula principal de la deputación del *Reich*, que

tuvo lugar en Ratisbona en 1803, ordenó la expropiación de 22 obispados, de 80 abadías dependientes directamente del *Reich*, y de 200 conventos. Sólo Karl Theodor von Dalberg, príncipe elector de Maguncia y amigo de Napoleón, pudo conservar su territorio soberano. Pero como Maguncia se encontraba en la parte izquierda del Rin, von Dalberg recibió Ratisbona. El emperador Francisco II se contentó con unir Trento y Brixen a sus tierras heredadas, pero no tocó los bienes catedralicios ni los conventuales. El arzobispado de Salzburgo, juntamente con Berchtesgaden, Eichstätt y una parte de Passau, pasó en un primer momento, como principado elector, a un hermano del emperador austríaco. Pero, cuando en 1806 pasó a Austria, se produjo la secularización de la propiedad espiritual.

La secularización selló la suerte del sacro imperio romano de la nación alemana: tras la fundación de la alianza del Rin, el emperador Francisco II renunció a la corona imperial alemana el 6 de agosto de 1806. La secularización fue, sin duda, el golpe más duro sufrido por la organización de la Iglesia alemana en toda su historia. Algunas regiones de población exclusivamente católica, incorporadas ahora en Estados protestantes, se encontraron de repente en una peligrosa situación minoritaria. La supresión de 18 universidades católicas provocó un déficit en la formación católica. Altamente lamentable fue la destrucción de obras de arte de valor incalculable, y de bibliotecas de gran calidad. Pero, al mismo tiempo, la secularización liberó a la Iglesia alemana de estructuras anticuadas. Se eliminó, sobre todo, el monopolio de la nobleza en la ocupación de las sedes episcopales y en los cabildos catedralicios. De esa manera se superó el infranqueable abismo que había existido entre el clero alto y el bajo. La Iglesia empobrecida podía entablar una nueva relación con las masas y convertirse en la Iglesia del pueblo.

Al llevar a cabo la necesaria *reorganización* de la Iglesia alemana se pensó ante todo en un concordato imperial. El más destacado partidario de tal concordato era Dalberg, pero Pío VII y el cardenal Consalvi temían que Dalberg planeara la creación de una Iglesia nacional alemana. Sin embargo, la creación de la alianza del Rin y la disolución del *Reich* alemán dieron al traste con los planes de un concordato imperial. Napoleón y Dalberg pensaron entonces en un concordato para la alianza del Rin, pero el apresamiento del papa frenó por completo todas las negociaciones. Cuando el congreso de Viena trazó el nuevo mapa de Europa, Consalvi logró la restauración de los Estados pontificios, pero no pensó en la restauración de la Iglesia imperial ni en la devolución de los bienes expropiados a la Iglesia. Sin embargo, entraba en el ámbito de lo posible una regulación de la cuestión eclesiástica para toda Alemania. Su pionero infatigable fue el vicario general de Constanza Ignaz Heinrich, barón de Wessenberg, al que Dalberg había enviado a Viena con el fin de promover tales objetivos. Pero al exigir una dirección primacial, Wessenberg no pretendía separación

alguna de Roma. En sus notas autobiográficas escribió lo siguiente: «La unidad de la Iglesia nacional me pareció en principio lo más esencial para que se elevara y se desarrollara con pujanza la vida eclesial y religiosa de nuestro pueblo.» Pero la curia romana se opuso de forma tajante a estos planes y encontró pronto aliados en los reyes de Baviera y de Württemberg.

§137

El papado de 1815 a 1846

Tras su regreso a la Ciudad Eterna Pío VII se dedicó principalmente a las funciones espirituales y al embellecimiento de Roma, dejando a su fiel y genial secretario de Estado la dirección de los Estados pontificios e incluso la de la Iglesia. Aunque Consalvi era un hombre perteneciente a la vieja escuela, demostró gran comprensión para la nueva mentalidad. Fue plenamente consciente de que la rueda de la historia giraba siempre hacia adelante. Él consiguió en el congreso de Viena la reinstauración de los Estados pontificios en sus dimensiones antiguas, y los cardenales Pacca y Rivarola pusieron todo su empeño en barrer todo rastro de los tiempos napoleónicos. El ciego celo de estos cardenales no se detuvo siquiera ante la iluminación de las calles. Consalvi aconsejó después moderación, y en 1816 obtuvo un *motu proprio* pontificio que renovaba el aparato del Estado pontificio. Pero los llamamientos a la unidad de Italia eran ya irrefrenables, y ya en 1817 se produjo un levantamiento en los Estados pontificios. La mayoría de los cardenales vio en la restauración del pasado la solución de todos los problemas y acusaba al secretario de Estado, sobre todo, de anteponer la diplomacia a las preocupaciones religiosas. Cuando falleció Pío VII el 20 de agosto de 1823, Consalvi quedó aislado.

En el cónclave de 1823 Austria vetó al cardenal Severoli, quien posteriormente expresaría su agradecimiento al emperador. Los cardenales eligieron el 28 de septiembre al cardenal Annibale della Genga, del que se decía que había recibido ya en siete ocasiones la unción de los enfermos. León XII (1823-1829) era natural de Espoleto y estaba imbuido de un riguroso espíritu de reforma, pero no estaba a la altura de las circunstancias. Se desprendió inmediatamente de Consalvi y nombró secretario de Estado al senil Giulio della Somaglia, al que tuvo que sustituir Bernetti en 1828. El papa, preocupado especialmente por una renovación espiritual de la ciudad de Roma, mandó celebrar solemnemente un año jubilar en 1825. Por la dureza con que León XII procedió contra la alianza secreta de los *carbonari*, su pontificado fue calificado como recaída en la edad media. El 10 de febrero de 1829 falleció el papa, cuando su impopularidad había alcanzado la cota más elevada.

Esta impopularidad influyó sin duda en la elección del moderado Francesco Saverio Castiglioni, que, como recuerdo al papa Chiaramonti, se impuso el nombre de Pío VIII (1829-1830). Tras un pontificado que duró sólo 20 meses, falleció el 30 de noviembre de 1830. Después de 50 días y de 100 votaciones, el 2 de febrero de 1831 fue elegido Bartolomeo Cappellari, natural de Belluno y miembro de la orden camaldulense. Tomó el nombre de Gregorio XVI (1831-1846). El monje erudito, pero desconocedor del mundo, que había sido prefecto de Propaganda desde 1826, había compuesto en 1799, durante el encarcelamiento de Pío VI en Francia, el libro titulado *Il trionfo della Santa Sede*, en el que defendía la infalibilidad y la monarquía absoluta del papa. Gregorio confirmó a Bernetti como secretario de Estado, al que le sucedió Lambruschini en 1836. También éste, como el papa, provenía de una orden religiosa, y combatió cuanto olía a revolución.

También la revolución de julio, que ocasionó una grave crisis en los Estados pontificios, parecía confirmar al papa que las nuevas ideas eran culpables de todos los males. Con la encíclica *Mirari vos*, de 1832, rechazó no sólo el racionalismo, el galicanismo y el indiferentismo, sino también la libertad de conciencia, a la que calificó de error corruptor. El papa rechazó, calificándola de «desvergüenza suprema», la creencia de que la libertad de opinión podía ser útil para la Iglesia. Los Estados pontificios eran para muchos un anacronismo. Además, todos los puestos importantes de la administración estaban reservados a religiosos, de los que se decía que, como religiosos, eran demasiado laicos y, como laicos, demasiado religiosos. Pero el papa consideraba que los Estados pontificios eran necesarios para el ejercicio de su ministerio espiritual. Como mérito de Gregorio XVI tenemos que señalar el coraje que demostró para conseguir la independencia de la Santa Sede frente a las grandes potencias. Cuando falleció el 1 de julio de 1846, de todos los rincones surgió la voz que pedía un «papa reconciliador».

§138

Austria, Alemania y Suiza

Dado que el emperador Francisco I (II) (1792-1835) era partidario de que los límites de la división eclesiástica coincidieran con los del Estado y de las circunscripciones políticas, después del congreso de Viena de 1814-1815, se llevaron a cabo en Austria algunos cambios en los límites de las diócesis. Salzburgo perdió el territorio episcopal y sus derechos metropolitanos que tenía en Baviera. Los territorios austríacos de Coira (Chur) pasaron a Brixen y a Trento. Brixen recibió además Vorarlberg, que había pertenecido antes mayoritariamente a Constanza, y entregó tres

decanatos a Trento, que pasó a pertenecer a la provincia eclesiástica de Salzburgo. El emperador de Austria recibió el derecho de nombramiento de los obispos. Sólo el cabildo de Salzburgo y de Olmütz podían elegir a sus obispos. El josefinismo siguió determinando, aunque de forma moderada, la política eclesiástica en Austria. Por eso no se permitía a los obispos mantener relaciones directas e inmediatas con Roma. Con todo, el emperador concedió en 1822 a los obispos la supervisión de los estudios eclesiásticos. En los últimos años de su reinado, Francisco I trató de llevar a la práctica una alianza entre el trono y el altar, sugerida por Metternich.

Los adversarios del sistema josefinista fueron ganando terreno. Se agruparon principalmente en torno al redentorista Klemens Maria Hofbauer (1751-1820), que luchó denodadamente por la libertad de la Iglesia y por una vinculación estrecha con Roma. Pertenecieron a su círculo famosos escritores como Friedrich Schlegel, Adam Müller, Clemens Brentano, y famosos aristócratas como el conde Stephan Széchenyi y su sobrina, la condesa Julie Zichy, que ejerció gran influencia sobre Metternich, pero también sobre ministros sagrados como los futuros obispos de Linz o de Graz-Seckau: Gregorius Thomas Ziegler o Roman Zängerle. El josefinismo se refugió cada vez más en el estamento de los funcionarios y en las universidades. Durante el reinado del emperador Fernando I (1835-1848), Metternich afianzó aún más su posición. En consecuencia, contó con mayores posibilidades para fomentar la alianza entre el trono y el altar. También apoyó estos ideales Joseph Othmar von Rauscher (1797-1875), que provenía también del círculo de Hofbauer y sería arzobispo de Viena.

Para reorganizar la Iglesia romana la mayoría de los Estados consideraron suficiente la consecución de convenios o acuerdos con Roma. Sólo se firmó un concordato con Baviera, cuando el conde Maximiliano de Montgelas fue sustituido en 1817 por un ministro partidario de los católicos. Puesto que Roma temía al metropolitano de una sola provincia eclesiástica, Baviera fue dividida en dos provincias eclesiásticas: Munich-Freising y Bamberg. El rey recibió el derecho de nombramiento de todos los obispos. Durante el reinado de Luis I (1825-1848), que consideraba el catolicismo como un elemento esencial de la tradición alemana, la Iglesia floreció por doquier. Lástima que el turbulento asunto con Lola Montes marcara el final trágico de su reinado.

En Prusia, cuyos dos quintos de la población eran católicos desde 1815, el rey Federico Guillermo III (1797-1848), que creía poder determinar lo referente a la religión de sus súbditos, ejerció una dura presión. En 1821 se llegó a un convenio con Roma; y con una bula de circunscripción se crearon las provincias eclesiásticas de Colonia y Gnesen-Posen. Los obispados de Breslau y de Ermland permanecieron exentos. Se produjo una dura confrontación con el Gobierno en 1837, cuando el nuevo arzobispo de Colonia, Clemens August von Droste-

Vischering, adoptó una postura intransigente en la cuestión de los matrimonios mixtos. El Gobierno lo mandó apresar bajo la acusación de supuestas maquinaciones revolucionarias. La disputa no terminó hasta que Federico Guillermo IV (1840-1888) subió al trono. Los acuerdos de 1841 concedían a los obispos el trato directo y libre con Roma. Y la solemne consagración de la catedral de Colonia en 1842 abrió una nueva era en las relaciones entre Berlín y Roma. Droste, al que también abandonó Gregorio XVI por su rudeza, tuvo que contentarse con una declaración honorífica personal. Una bula de circunscripción reguló en 1824 las estructuras eclesiásticas en el reino de Hannover. En los Estados de la Renania superior, una bula de circunscripción de 1821 creó el obispado de Friburgo para Baden, el de Rottenburgo para Württemberg, el de Maguncia para Hesse Darmstadt, el de Fulda para el electorado de Hesse, y el de Limburgo para Nassau y Francfort. Se eliminó la diócesis de Constanza, de gran tradición, para dejar fuera de juego a Wessenberg, cuyas ideas perduraron, sin embargo, durante largo tiempo en esas regiones. Pero más importante que la estructuración organizativa de la Iglesia fue la renovación espiritual de la Iglesia alemana, dirigida por personajes casi simbólicos como Johann Michael Sailer († 1832) y Joseph von Görres († 1848). Este movimiento católico perseguía la libertad de la Iglesia y la vinculación estrecha con Roma.

Trabajo difícil fue el de regular de nuevo las estructuras eclesiásticas en Suiza. En 1826 León XII creó el obispado de Basilea. Tesino siguió perteneciendo hasta 1859 a las diócesis italianas de Milán y Como. En 1834, los artículos de Baden exigieron una autoridad eclesiástica legítima, y en 1841 fueron suprimidos todos los conventos en el cantón de Aargau. Los siete cantones católicos terminaron por reunirse en la llamada alianza especial, y en 1847 tuvo lugar la última guerra de religión en Europa central.

§139

Los restantes países de Europa

Cuando Luis XVIII (1814-1824) volvió a Francia en 1814 elevó el catolicismo a religión del Estado. Como las exigencias de los ultrarreaccionarios abortaron la posibilidad de concluir un concordato, debió continuar vigente el de 1801. La restauración católica hizo grandes progresos durante el reinado de Carlos X (1824-1830), cuyo celo religioso apenas se dejaba frenar por consideraciones humanas. Aunque las vocaciones sacerdotales alcanzaron en este tiempo cotas no superadas, y no escasearon los sacerdotes celosos como Jean-Marie Vianney († 1859), el nuncio Macchi se preguntaba en 1826 si habría en París aún 10000

practicantes. La revolución de julio de 1830 privó de nuevo a los católicos de ver a su religión como religión del Estado. Pero Pío VIII reconoció en seguida al rey ciudadano Luis Felipe (1830-1848), y la reconstrucción católica pudo continuar su consolidación. En el ámbito del movimiento católico emergió por ese tiempo un grupo militante de seglares y de sacerdotes entre los que destacaba Hugo-Félicité-Robert de Lamennais, que en la revista «L'avenir» luchó por la libertad de los pueblos y por la separación entre Iglesia y Estado. Tras la condena de sus concepciones liberales por Gregorio XVI (en 1832 y 1834), se separó de la Iglesia y murió casi olvidado y sin reconciliarse.

Para Italia tuvo gran importancia el lapso de tiempo comprendido entre 1796 y 1815, pues preparó el movimiento del *risorgimento*. El congreso de Viena dividió posteriormente el país —que para Metternich equivalía exclusivamente a un concepto geográfico— en ocho Estados, con los que la Santa Sede suscribió en repetidas ocasiones, hasta 1850, convenios o concordatos inspirados todos ellos en los habituales concordatos del siglo XVIII, pero no en los principios liberales del siglo XIX. Al tiempo que la restauración estaba en marcha por doquier, el abismo entre las fuerzas del *risorgimento* y la Iglesia se hizo más y más profundo. Y la revolución de julio aceleró aún más ese proceso. Sólo la intervención del ejército austríaco pudo, por ejemplo, salvar al odiado Estado pontificio. A la alianza secreta de los *carbonari* siguió el movimiento de Giuseppe Mazzini, que pedía una república con Roma como capital. Desde 1840 estuvo en escena el *neogüelfismo* de Vincenzo Gioberti, que propugnaba la unión de Italia en una confederación de Estados con el papa como presidente. Participó apasionadamente en este despertar intelectual y político de Italia el filósofo y teólogo Antonio Rosmini de Rovereto († 1855).

Cuando José Bonaparte, hermano de Napoleón, sustituyó en 1808 a Fernando VII, como rey de España, las viejas querencias regalistas de este país gozaron de mayor pujanza que en tiempos anteriores. Mientras que la *Constitución* de Cádiz (1812) tenía carácter liberal e ilustrado, la España católica conservadora volvió a triunfar bajo Fernando VII (1813-1833). Pero el país parecía un polvorín, y cuando murió Fernando comenzó una época de sangrientas guerras civiles en las que también se vio envuelta permanentemente la Iglesia, aliada con el partido conservador.

Portugal, donde también se daba el enfrentamiento del partido liberal y del conservador-clerical, tuvo un destino similar al de España.

Mientras que la resistencia a las innovaciones de la revolución francesa fue violenta en los Países Bajos, los católicos de las Provincias Unidas, en otro tiempo protestantes, saludaron calurosamente la llegada de los franceses, que reconocían la igualdad de derecho para todos los cultos. En el nuevo reino de los Países Bajos Unidos, regidos por un protestante, se

llegó a un acuerdo con la Santa Sede en 1827 según el modelo del concordato francés de 1801. Cuando la revolución de 1830 trajo la separación de Bélgica de los Países Bajos, este país tuvo una constitución que concedía a los católicos una independencia que no tenía igual en ningún otro país. Esta evolución positiva, seguida por Roma con gran desagrado, la debieron los católicos belgas principalmente a monseñor Engelbert Sterckx.

Cuando Inglaterra anexionó Irlanda en 1800, los católicos representaban aproximadamente un cuarto de la población total del reino. A principios del siglo XIX los irlandeses comenzaron a emigrar en masa a las zonas industriales de Inglaterra, y crearon no pocos problemas a los católicos ingleses, que vivían aislados en el país agrupados alrededor de algunos nobles. Las negociaciones del Gobierno con los católicos fracasaron por la postura intransigente de los irlandeses, cuyo líder no coronado era Daniel O'Connell. En 1823, éste creó un movimiento de masas en favor del derecho a la libertad de los irlandeses. También el clero irlandés se sumó a este movimiento. Finalmente, una ley de 1829 concedía a todos los católicos los derechos cívicos, sin que ellos tuvieran que hacer concesiones al Gobierno. Gran conmoción causó en Inglaterra, en 1845, la conversión de John Henry Newman, nacido en 1801 en la Iglesia anglicana y muerto en 1890 en la católica como cardenal. A pesar de las muchas dificultades que Newman encontró precisamente en la Iglesia católica, no vio mermada su confianza en ella en momento alguno, al revés de Lamennais.

Mientras que los católicos irlandeses e ingleses vieron mejorar notablemente su suerte durante aquel tiempo, se agravó la situación de los católicos en Rusia, que entonces dominaba casi la mitad de Polonia. Pero Gregorio XVI no desaprovechó la oportunidad de exhortar en 1831 a los polacos a someterse al legítimo poder ruso.

§140

América

Una pujante vitalidad demostró la Iglesia en los Estados Unidos. A pesar de la separación entre la Iglesia y el Estado, el catolicismo experimentó en este país un auge insospechado. Roma erigió en 1789 la diócesis de Baltimore. John Carroll († 1815) fue su primer obispo. Éste pretendió en todo momento construir una Iglesia no irlandesa, inglesa o francesa, sino católico-americana. Mientras que ésta contaba a la muerte de Carroll con unos 150000 católicos, en 1852 el número de los fieles superaba el de 1700000, y eran 31 los obispados. Graves problemas creó a la joven Iglesia la falta de sacerdotes. Entre los sacerdotes venidos de Europa no era

infrecuente encontrar tipos aventureros, de los que querían verse libres incluso en el viejo continente. Después de 1825 se dio en los Estados Unidos un fuerte sentimiento anticatólico y numerosos atentados contra iglesias y conventos. En general, se puede decir que la separación entre Iglesia y Estado fue ventajosa para los católicos, aunque Roma era contraria a la misma.

En Canadá, por el contrario, los católicos tuvieron que sufrir bajo la presión de los ingleses. El alma de la resistencia fue el obispo de Quebec, monseñor Plessis.

Mientras que la independización de las colonias inglesas no presentó graves problemas para la Iglesia, el final del sistema colonial en la América hispana fue para el catolicismo casi una catástrofe. Tras la victoria de los movimientos independentistas, casi todas las diócesis sudamericanas se encontraron sin obispo. La Santa Sede, que no tenía información suficiente sobre la situación, mantuvo una postura rígidamente legitimista que comenzó a cambiar paulatinamente a partir de 1820. Entre los méritos de Gregorio XVI hemos de anotar la encíclica *Sollicitudo Ecclesiarum* (1831), con la que trazó una nueva línea en el tratamiento de Sudamérica, y el hecho de que negociase con los nuevos Gobiernos los intereses de la Iglesia. En 1835 reconoció a la república de Nueva Granada, y en el transcurso de los años siguientes a los restantes Estados sudamericanos. A los vicarios apostólicos nombrados por sus predecesores los convirtió en obispos residenciales. Mucho más rectilínea fue la evolución en Brasil, donde permaneció la monarquía y los derechos del patronato portugués pasaron a los nuevos soberanos.